

Dulce

juan romeu

Se encontró a la poesía una princesa
y le preguntó por qué estaba tan
triste:

¿Por qué estás di, poesía, tú tan triste
si tienes a tu lado a una princesa?

La poesía miró y vio a la princesa
y volvió a sonreír su boca triste:
Hasta ahora yo he estado siempre
triste.

Hasta que te he mirado a ti princesa.

Preguntó la princesa a la poesía:
¿Y cómo secuestraron tu alegría
despertando tus lágrimas penosas?

Respondió temblorosa la poesía:
Robaron de mis versos algún día
los cisnes, las princesas y las rosas.

La princesa está
triste

¿Qué le pasaba a la rosa?
¿Qué le pasaba a la niña?

¿Por qué se reflejaba
en los ojos de la niña
la rosa pesarosa
que esperaba en la viña?

¿Qué le pasaba a la rosa?
¿Qué le pasaba a la niña?
La niña amaba a la rosa.
La rosa amaba a la niña.

¿Qué le pasaba a la rosa?
¿Por qué buscaba a la niña?
¿Por qué buscaba a la rosa?
¿Qué le pasaba a la niña?

La niña estaba en la rosa.
La rosa estaba en la niña.
¿Qué le pasaba a la rosa?
¿Qué le pasaba a la niña?

¡Ay! No llores tú, princesa,
que no se ha caído el cielo
con la lluvia.

¡Ay! No sufras tú, princesa,
que eso de ahí es un charco
de la lluvia.

¡Ay! Ríete tú, princesa,
que es un reflejo del cielo
y de la lluvia.

¡Ay! No llores tú, princesa,
que tus ojos son el cielo
y tus lágrimas la lluvia.

¡Ay! Ríete tú, princesa
para que no te confundan
con la lluvia.

Le dijo: Tú sueña siempre,
que soñar no cuesta nada,
y ella le dijo que nunca,
que nunca nunca soñaba.

Que eran deseos sus sueños
y sus noches esperanza.

Él le respondió que entonces
siempre siempre deseara.

Ella le regaló un beso
que duró hasta la mañana.
Le dijo: Ojalá esta noche
nunca nunca se acabara,
y se apretujó en su pecho
a su derecha acostada.

Le dijo que siempre siempre
dormiría en su cama.

Eran sus deseos sueños
y sus noches esperanza.

La rosa estaba segura
en el jardín junto al viento
porque éste no le arrancaba
sus inmaculados pétalos.

Le dijo el viento a la rosa.
Le dijo a la rosa el viento:
Si no me lo pides, nunca,
nunca arrancaré tus pétalos.
¿Por qué querría arrancarte
tus inmaculados pétalos?
¿Para qué querría yo
si no son tuyos tenerlos?

Segura estaba la rosa
en el jardín junto al viento
porque él la respetaba
y respetaba sus pétalos.

¡Enamórate, rosa!
Ya estoy enamorada.
Si en verdad lo estuvieras,
no estarías tan blanca.

Yo he visto rosas rojas
amantes del amor
y por enamoradas
ése era su color.

¡Ay! No me digas eso,
que yo por el amor
me puse así de blanca,
pues di hasta mi color.

Que no llore la princesa,
que los duendes que la miran
no quieren ver la tristeza
en sus mejillas.

Que no llore la princesa,
que se pone muy feita
y su cara de azucenas
se marchita.

Que no llore la princesa,
que también lloran las niñas,
que hay un príncipe que espera
su alegría.

Que no llore la princesa,
que se apagan sus mejillas
y las lágrimas secuestran
sus pupilas.

Que no llore la princesa,
pero si llora algún día,
habrá un ángel que devuelva
su sonrisa.

Cisne, cisne, ¿por qué lloras?
¿Cómo no voy a llorar
si no hay quien conmigo rime
como con los demás?

Pues para que tú no llores,
dulcisne voy a inventar.
¿y qué es dulcisne poeta?
¿Y qué es dulcisne Juan?

Es la lágrima más dulce
que una princesa jamás
ha llorado por el príncipe
que nunca la amará.

Miró una gota de lluvia,
al caer, a una princesa
y la princesa lloraba
de una profunda tristeza.

Dijo la gota en el cielo,
antes de llegar a tierra:
Ojalá yo hubiera sido
una lágrima de esas.

Pero comprendió que nunca
sería de una princesa
una lágrima preciosa
que llorara de tristeza.

La vio la princesa entonces
mientras caía a la tierra
y se le acercó corriendo
con su palma a cogerla
para que no se estrellara,
para que no se cayera.

Pero la gota cayó
y lloró más la princesa;
la gota la pudo ver
desde el suelo ya muerta

y pudo ver que lloraba
y se puso muy contenta,
pues la princesa lloraba

diez mil lágrimas por ella.

La princesa suspiró
diciendo a la gota muerta:
Ojalá hubiera llorado
una lágrima tan bella,
una gota como tú
que ya está ahora muerta.

La gota se evaporó
soñando con la princesa
y la princesa lloró
diez mil lágrimas por ella.

Tenía la princesita
una linda margarita.
Pensando que era una rosa
quiso ser así de hermosa.
No comprendía que ella
era la rosa más bella.

La coqueta margarita
se creía muy bonita
y se creía la rosa
de las rosas más hermosa.

Engañó a la princesita,
la engañó la margarita.
La princesita lloraba
y la margarita gozaba.

Se vio entonces muy feíta
al mirar la margarita
su carita reflejada
en la carita mojada
de la dulce princesita
y supo la margarita
que en verdad no era la rosa
de las rosas más hermosa.
Vio que era la margarita
de las flores más feíta
y, mientras ella lloraba,
la princesita hablaba:

No llores tú, margarita
que para mí eres bonita
aunque no seas la rosa
de las rosas más hermosa.

La coqueta margarita
volvió a creerse bonita
y no quiso ser la rosa
de las rosas más hermosa.
Quiso ser la margarita
que amaba la princesita.

La princesita la amaba
y en su pecho la apretaba.
Creía ser más bonita
que ella a la margarita.
No comprendía que ella
era la rosa más bella.

No daré nunca mi flor
a quien no quiera
guardarla en su corazón
y para siempre tenerla.

No daré nunca mi flor
—me decía la princesa—
a quien no me dé su amor
con las manos bien abiertas.

Yo no te pido tu flor
—le respondí a la princesa—
sino el amor
que se agazapa tras ella.

Yo no te pido tu flor
pero si me lo pidieras
en mi dulce corazón
la guardaría eterna.

¡Ay! Pues toma tú mi flor,
mi virgen flor de princesa,
pues tu verdadero amor
me ha prometido quererla.

Sangrando me dio su flor,
su flor me dio la princesa
y la metí en mi corazón
para siempre ya tenerla.

Sangrando en mi corazón
la flor de la princesa
riega mi sangre de amor
y jueguesa por mis venas.

¡Oh, virgen flor
de la princesa!
¡Oh, virgen flor
de felicidad eterna!

A mi ahijada

Isabelita

por su primer cumpleaños.

Se mojó el cisne las alas.
No llores tú, Isabel, no,
que se mojaron sus plumas
pero no su corazón.

Cegó los ojos del cisne,
cegó sus ojos el sol,
¡ay! reflejado en el agua,
pero no en su corazón.

Observó el cisne en la orilla
una vergonzosa flor
y la guardó para siempre
dentro de su corazón.

Cuando las nubes robaban
del estanque su color,
la florecilla brillaba
dentro de su corazón.

Y al morir la florecilla,
y al morir también su olor,
guardó el cisne su recuerdo
dentro de su corazón.

Cuando se mojen sus alas
y sus ojos ciegue el sol,

no llores tú, Isabelita,
no llores tú, Isabel, no.

Llora sólo, Isabelita,
llora sólo por amor,
cuando descubras que el agua
inunda su corazón.

Tendido en la orilla el cisne,
muy débil ya, se murió
y brotó una florecilla
de su muerto corazón.

Lloraba el cisne. Lloraba.
Cuando no estaba su flor
él la añoraba.

Lloraba el cisne. Lloraba.
Teniendo al lado a su flor,
temiendo que se marchara.

Lloraba el cisne. Lloraba.
Con su flor y sin su flor
el cisne de amor lloraba.

Vi juntos una vez en el lago
al cisne y a la princesa nadando.

¡Ay! Que los dos estaban muy
blancos.

¡Ay! Muy blancos.

Vi juntos una vez reflejados
al cisne y a la princesa en el lago.

¡Ay! Que los dos seguían muy
blancos.

¡Ay! Muy blancos.

Vi una vez a una flor en el lago
y le pregunté por qué eran tan
blancos.

¡Ay! Que los dos siempre han sido
muy blancos.

¡Ay! Muy blancos.

¡Ay! Que yo siempre había soñado
princesas rosas y cisnes dorados.

¡Ay! Que yo no los soñaba blancos.

¡Ay! Muy blancos.

Alguna vez le arrancó
a un cisne una pluma de oro
un ángel y me la dio
como dándome un tesoro.

Me dijo que la guardara
en una caja de madera
y que de ella me acordara
si mi corazón sufriera.

Aunque el ángel se marchó
siempre guardé su tesoro
y nunca se me olvidó
aquella pluma de oro.

Pero un día se escapó
no sé cómo mi tesoro
y ya nunca regresó
al cofre la pluma de oro.

Creí que no volvería
sin la pluma a sonreír
pero el ángel volvió un día
y me comenzó a decir:

Por aquella pluma de oro
no te pongas tú tan triste,
pues ahora es tu tesoro
recordar que la tuviste.

¡Ay! Que hoy he visto las rosas
reflejadas
en el agua corrupta del estanque
y he visto su color de enamoradas
y sus pétalos de almas sonrojadas
en columpios plomizos del estanque.

He pensado que habrá quien les
arranque
los pétalos con manos desalmadas
mas no habrá nunca quien de mi
alma arranque
sus pétalos a las rosas del estanque.

¡Ay! Pero he visto las manos
desalmadas
de la muerte paseando en el
estanque,
dejándolas sin pétalos tronchadas.

¡Ay! Que las creí en mi alma
asesinadas;
pero al verlas de nuevo reflejadas
en el agua corrupta del estanque
he visto su color de enamoradas
y sus pétalos de almas sonrojadas
columpiándose aún en el estanque.

¡Ay! Que nunca habrá quien de mi
alma arranque

sus pétalos a las rosas del estanque.

Me contaron las ninfas de los bosques,
las dríades unidas a los árboles,
que los árboles ríen,
que los árboles lloran,
que los árboles piensan
y también se enamoran.
Yo les pregunté entonces
cómo eran sus amores
y ellas me respondieron que sus hojas
eran las lágrimas de sus corazones.
Que no besan los árboles
ni abrazan a las flores.
Que no hacen el amor con las praderas
ni con los caracoles.
Que no se besarán con las abejas
ni con los ruiseñores.
Porque los árboles,
los tristes árboles
¡ay! porque son inmóviles.
Que sus hojas son lágrimas
¡ay! de sus corazones.
Y los árboles ríen,
y los árboles lloran,
y los árboles piensan
y también se enamoran,
pero nunca, nunca, pero nunca
aman,

pero nunca podrán mover sus ramas.

Me alejé de las ninfas de los bosques,
de las dríades tristes
antes de que lloraran
y antes de que mi corazón arbóreo
de tristeza se deshojara.

Fui a llevarle a mi rosa
una sábana muy blanca
para que no tuviera frío,
para que no se constipara.

Ella estaba solita
en el jardín junto al agua
y al verme sonrió
y me dio las gracias.

-No me des las gracias tú.
No me des tú las gracias,
que te las debiera dar yo
por amarme como me amas,

y por estar aquí siempre
en el jardín junto al agua
para que pueda verte
cuando me hiciere falta.

Mi rosa me dio un beso
de lo alegre que estaba
y me dijo que era tarde
y que ya me marchara.

Cuando estaba lejos
oí que murmuraba
que yo era su angelito
y que yo le encantaba

y en su sábana, calentita,
la oí decirme gracias.
Yo me quedé pensando
que mi rosa se equivocaba

pues en realidad yo
debería dar las gracias.
Mi rosa aún no comprendía
que aquella noche mágica

ella fue mi alegría
y mi esperanza
y que el verla sonreír
me había alegrado el alma,

y el verla calentita
bajo mi blanca sábana
me había llenado el corazón
de sangre enamorada.

¡Ay! Que a la princesa
no le gustan los patos
pero sí los cisnes.

¡Ay! Que a la princesa
le gustan los cisnes
pero no los patos.

¡Ay! Que no le gustan los cisnes
porque sean más bellos.

¡Ay! Que le gustan los cisnes
y no los patos
porque los cisnes encontraron
una belleza interior
detrás de su hermosura.

¡Ay! Que no lo gustan los patos
porque sólo buscaban
la belleza de la princesa
en el reflejo del agua.

¡Ay! Que a la princesa
le gustan los cisnes
pero no los patos.

¡Ay! Que a la princesa
no le gustan los patos
pero sí los cisnes.

¿Dónde está la princesa?
Se ahogó en el pantano.
¿Y dónde está la rosa?
La arrancó el hortelano.

¡Ay! Mi princesa rosa
vestida tú de rosa.
¡Ay! Mi rosa princesa
vestida de princesa.

Te ahogaste en el pantano.
Te arrancó el hortelano
y no te di mi mano
para escapar.

¿Dónde está la princesa?
¿Y dónde está la rosa?
No me lo preguntes, anciano.
Que no les di mi mano
para escapar.

¡Ay! Mi rosa princesa.
¡Ay! Mi princesa rosa.

¡Ay! Mi lágrima hermosa.
Déjame al menos darte a ti la mano
para escapar, lágrima hermosa,
para escapar.

¡Mira a la luna, princesa!
No mires su reflejo
moviéndose en el agua.

¡Mira a la luna, princesa!
No la mires reflejada
en el cisne que se va...

¡Mira a la luna, princesa!
No la mires huyendo
entre los árboles oscuros.

¡Mira a la luna, princesa!
Y cuando la mires te alegrarás
de que nunca baje del cielo.
Y cuando la mires
ya no querrás ser una estrella.

¡Mira a la luna, princesa!
No mires su reflejo
moviéndose en el agua.

¡Mira a la luna, princesa!
Y cuando la mires
y veas que ella te mira,
entonces te alegrarás
de ser una princesa.

¡Mira a la luna, princesa!

¡Mira a la luna, princesa!
Y no llores tú más.

Quiso la dulce rosa
sus pétalos cambiar
por alas de mariposa
para así poder volar.

Quiso la mariposa
sus alas transformar
en pétalos de rosa
para poder aromar.

Ojalá la dulce rosa
se llegue a enamorar
de la triste mariposa
y me pueda imaginar
una criatura hermosa
que aroma y pueda volar.

Lloraba el caballero al despedirse
de la rosa enamorada.
Su armadura era de oro,
su armadura era dorada.
Una luciérnaga que le vio
le dijo que no llorara:
-¡No llores tú, caballero,
que hoy has visto a tu amada!
Respondió el caballero gallardo
vencido por las lágrimas:
-Sé que hoy la he visto...
Sé que hoy he visto a mi amada,
pero lloro porque sé
que no la veré mañana...
Que voy a pasar un día
sin ver a mi amada...
La luciérnaga encendida
así le consolaba:
-No llores tú, caballero
que un solo día se pasa
como una estrella fugaz
en esta vida tan larga.
Respondió el caballero
de la armadura de lágrimas:
¡Ay! Que no es solamente un día,
que es un día sin mi amada.

La rosa mientras,
dormidita soñaba
con el gentil caballero

de la armadura dorada...

De un jardín en la suave intimidad
un príncipe a una rosa le decía:
–Mi corazón te ama tan sincero
que por ti, rosa, todo lo daría.
Cualquier nimio deseo que tuvieras
yo te lo cumpliría.

La rosa le pidió
que le escribiera una poesía
y el príncipe le prometió
que se la escribiría.

En su palacio el príncipe
se llenó de melancolía,
pues nunca había podido
escribir una poesía.

Llorando suspiró
con tierna melodía
estas palabras a la luna
que desde el cielo le compadecía:

–Nunca podré a mi rosa
escribirle yo una poesía
pero del amor que siento
por ella yo moriría.

Y llorando se tiró por la ventana
por no haber sabido escribir una
poesía

y por no haber cumplido
el deseo de su rosa querida.

No sabía que sus últimas palabras
habían sido una poesía.

El viento recogió

del aire la poesía
y perverso se la llevó
a la rosa que dormía.
Distinguió la rosa la voz
del príncipe en la poesía
y sonrió porque era verdad
que su deseo se cumpliría.
Había visto caer
al príncipe una golondrina
y se lo fue a contar
a la rosa que sonreía.
Lloró entonces las rosa,
lloraba mientras decía:
–Por pedir un deseo,
por pedir una poesía
he matado yo al príncipe
a quien yo más quería.
Lloraron también en la noche
la luna y la golondrina
y de tanto llorar llegó
al cielo otra vez el día.
El sol vio entonces llorar
a la luna y la golondrina
y a la tristísima rosa
que en lágrimas se deshacía.
Vio también al príncipe
que muerto en el suelo yacía
y le prometió a la rosa
que cualquier deseo suyo cumpliría.
La rosa quiso decirle

que le devolviera la vida
pero a pedir más deseos
la pobre no se atrevía
y para reunirse con el príncipe
acordándose de la poesía
prefirió morirse de amor
y de tristeza aquel día.

En el vidrio angustioso de los fanales
Pablo G^a Baena

¡No metáis a la rosa en el fanal!
¡No metáis a la rosa!
¡Mirad a la princesa
tan dulce y tan hermosa
y con tanta libertad!

¡No metáis a la rosa en el fanal!
¡No metáis a la rosa!

Preguntaron a la princesa,
le preguntaron una cosa:
¿De qué color serías
si fueras una rosa!

La princesita se calló.
No quería responder nada,
mas su carita blanca
se puso colorada...

Una vez una princesa
encerrada en un palacio
arrojó al suelo una rosa
desde el torreón más alto.
Deseó que la encontrara
algún príncipe a su paso
y a pesar de su tristeza
sobrevivía esperando.
¡Pobre princesa encerrada
en el más bello palacio!
¡Pobre palacio al que nunca
un príncipe ha visitado!
Ya su única alegría
era seguir esperando
al príncipe más apuesto
que llegara a su palacio
y que encontrara la rosa
que ella había arrojado.
Marchitando la esperanza
días y días pasaron
y el príncipe no pasaba
galopando en su caballo.
Casi muerta la princesa
exclamaba susurrando:
–Tal vez nunca ningún príncipe
mi rosa se haya encontrado
o quizás la haya abatido
al pasar con su caballo.
Sumergida en estas dudas
subió al torreón más alto

e intentó observar la rosa
que ella había arrojado.
Tan alta estaba la torre
que no se veía abajo
y la princesa no vio
a su rosa aún esperando.
Pensando que ya no estaba
la rosa abajo esperando,
la princesa se tiró
desde el torreón más alto
queriendo ver si su rosa
seguía allí esperando
o si era verdad que había
al torreón abandonado.
En el aire la princesa
vio a la rosa esperando
y vio un príncipe cogiéndola
con suavidad de su tallo.
Comprendió que ya era tarde,
pues ya se había tirado
y lloró penosamente
mientras se caía abajo.
Una lágrima cayó
del príncipe en la mano
y miró el príncipe arriba
para ver qué había pasado.
Vio el príncipe a la princesa
que se había suicidado
y la consiguió agarrar
con sus azuladas manos.

Con la caída la rosa
se había despedazado
y no quedó ya de ella
más que un olor perfumado.
Al despertar la princesa
se vio cogida en los brazos
del príncipe más hermoso
que nunca habría soñado.
Buscó entonces ya serena
la rosa en sus bellas manos,
pero la rosa no estaba,
se había despedazado.
Olió entonces la princesa
el aroma perfumado
que al quedar despedazada
la rosa había dejado
y se pensó que la rosa
se había en él transformado.
El príncipe la besó
en sus labios asustados
y ella se quedó dormida
soñando en sus bellas manos.

Dime, niño, qué se siente
si te besa dulcemente
en los labios la princesa.

Dime, niño, qué se siente
si te besa la princesa
con sus labios en la frente.

Dime, niño, qué se siente
si te mira de repente
a los ojos la princesa.

¿Es que besa diferente
que una madre la princesa?
¿Es que mira diferente
que una madre la princesa?

¡Ay! Dime si la princesa
como una madre te besa.

El príncipe se ha ido
y con él me despido
y me voy a otro lugar...

De la rosa y la princesa
me despido
y se oye el graznido
del cisne al navegar...

¿Qué tendrá la
princesa?

Estoy aquí de nuevo, margarita.
He vuelto, cisne, para veros.
Ya no me dejéis irme lejos
de vuestra dulce armonía.

Estoy aquí de nuevo, princesita.
He vuelto rosa, para veros.
Os he echado tanto de menos
desde nuestra despedida...

¿Qué te pasa, princesa?
¿Que el cisne ya no vuela?
No te preocupes,
quizá duerma.

¿Qué te pasa, princesa?
¿Que el cisne no despierta?
No te preocupes,
quizá esté en una estrella.

¿Qué te pasa, princesa?
¿Que el cisne no regresa?
No te preocupes,
quizá mañana vuelva.

¿Qué te pasa, princesa?
¿Que ha muerto su belleza?
No te preocupes,
su alma te recuerda.

No, niña, no te vistas de princesa
para estar tú más linda,
que tú para mí eres
la niña más bonita.

No, niña, no te vistas de princesa
para estar más bonita,
que te he querido siempre
porque eres una niña.

Nadie visita el castillo en invierno.
Dime, ¿qué haces, princesa, hasta el
verano?
¿No te parece eterno
el tiempo de tu espera?

Sé que nadie viene a verme en
invierno,
la nieve me mantiene prisionera,
pero el tiempo de espera no es
eterno:
¡Está la primavera!

Mientras se peina la princesa
recuerda una canción
y al cantarla se acuerda
de su antiguo amor.

¿Quién en la voz de la princesa
aquella canción escondió?

Mientras se peina la princesa
llora... y canta una canción.

Se cayó una vez al agua
una rosa muy bonita
y un cisne la encontró
muy cerca de la orilla.
Tuvo pena de la rosa
al verla tan bonita
y la cogió con su ala
dejándola en la orilla.
Al no saber qué era
la llamó Cosalinda.
La rosa le dio las gracias
y le besó en la mejilla.
El cisne se marchó lejos.
La rosa se quedó solita
llorando por el cisne
y esperándole en la orilla.
Así pasaron los años
y la rosa allí seguía
esperando a aquel cisne
que la llamó Cosalinda.
Pero el cisne nunca vino
mientras la rosa vivía
y la rosa se murió
esperando aún en la orilla.

Un día volvió el cisne
a pasar por esa orilla
y al ver a la rosa muerta,
putrefacta ya y marchita
como con asco exclamó:
¡Qué cosa más feíta!
No reconoció en ella
a la pobre Cosalinda,
a la que algún día
salvara la vida.
Cosalinda no le oyó,
muerta estaba Cosalinda.
La pobre murió creyendo
que aquel cisne la quería

¡Sal ya de la ducha, princesa!
¡Déjate ya de arreglar!
Que te está esperando el príncipe
y si tardas más se irá.

¿A dónde se fue la princesa?

¿Por qué no regresa?

¿Quién la enamoró

con una promesa?

¿Quién enamoró a la princesa?

¿Por qué no regresa?

¿A dónde se fue la princesa?

¿Quién se la llevó?

¿Y por qué aún siento que me besa?

¿Por qué no regresa?

En la ventana de un palacio
una princesa suspiraba
y por encima de las olas
el viento murmuraba...

En el interior de un palacio
una princesa sonreía
y en un aposento del cielo
la luna se despedía...

Sobre la almohada de un palacio
una princesita dormía
y el viento y la luna intentaban
averiguar qué soñaría...

Princesa, que tus lágrimas
no son lágrimas de pena.
Son gotitas que se escapan
de la niebla.

Princesa, que tus ojos
no están llorando de pena.
Es la nostalgia, que viene
con la niebla.

Aquella tarde amarga
estaba tan triste el cielo,
que el lago parecía
una foto en blanco y negro.
Gabriel Fernández

Estaban en el lago
el cisne y la princesa.

La princesa miraba
las nubes en la orilla.

El cisne nadaba a solas
con los nenúfares.

Desde lejos no se sabía
si el agua reflejaba,
en su piel entristecida,
a la princesa o al cisne.

...la princesa... la rosa...
...y el cisne...
...todos de blanca risa...
...y, rozando sus bocas...
...la brisa...
...paseando en el aire...
...sin prisa...
...sin prisa...
...sin prisa...

...la princesa... la rosa...
...y el cisne...
...todos de blanca risa...
...y el poeta...
...desde lejos...
...los divisa...

La princesa se quejaba
a la reina de Ambrosía
por apartarle del príncipe
que tanto la quería.

¡Ay , la pobre princesita!
¿Cuándo comprendería
que debía obedecer
lo que su madre decía?

¡Ay, mi pobre princesita!
¿Cuándo comprendería
que más que cualquier príncipe
su madre la querría?

Lloró. Lloró. Lloró.
Porque la perdió.

Lloró. Lloró. Lloró.
Jamás pensó
que encontraría a alguien mejor.

Lloró. Lloró. Lloró.
Y la belleza de la princesa
con las lágrimas se perdió.

Lloró. Lloró. Lloró.
Y cuando se quedó sola,
un día le olvidó.

El cisne sonreía
cada vez que la princesa
se bañaba desnudita
en el lago vestidito
de arlequín.

El cisne sonreía
y viéndole sonreír
la princesa cada día
se bañaba desnudita
en el lago vestidito
de arlequín.

Con la pobre princesita
el príncipe se enfadó
y la princesa pensaba
que se escapaba su amor.

Sollozó toda la noche
y, por llorar, más lloró.
No sabía que sus lágrimas
limpiaban su corazón.

No sabía que en su cuarto,
refugiado en un rincón,
temeroso de perderla,
el príncipe también lloró.

La sonrisa de la princesa,
¡cuánto darían por ella!
y, sin embargo, tu corazón
la desprecia.

La sonrisa de la princesa,
puede que un día la pierdas
y ya nunca tu corazón
volverá a verla.

La sonrisa de la princesa
¡cuánta dulzura refleja!
Ya habrá otro corazón
que la quiera.

Por fin se percató la princesa
de que para ser feliz
hacía falta la felicidad.

Por fin se percató la princesa
de que para el amor
no hacía falta llorar.

Por fin se percató la princesa
de lo bonito que es amar.

El sol te guiña un ojo
y la luna se pone celosa.
En todo el cielo, amor,
no hay una estrella tan preciosa.
Pablo López de Sagredo

¡Celos!
Tenía celos de la princesa
la luna piripitesa.

¡Celos!
Tenía celos de la princesa
la rosa currucupesa.

¡Celos!
Porque él amaba a la princesa,
a la princesa arabesa.

NANA DE LA PRINCESA

Se dormirá la princesa. Se dormirá
entre almohadas de nubes
y sábanas de mar;
entre cisnes que naden
en lagos de cristal.

Se dormirá la princesa. Se dormirá
entre estrellas fugaces
y sueños de coral.

Se dormirá la princesa. Se dormirá
y sus labios juguetones
se irán a otro lugar.

Se dormirá la princesa. Se dormirá
y soñará con un príncipe
que siempre la amará.

Se dormirá la princesa. Se dormirá
en un colchón de plumas
y de felicidad.

Se dormirá la princesa. Se dormirá
y el príncipe entonces
dejará de cantar

Ya bosteza la princesa.
Ya bosteza
su boquita de cereza.

Ya bosteza la princesa.
Ya bosteza.
Dejémosla que se duerma...

Ya no llora la rosa.
Ya no lloran
sus pupilas rojas.

Ya no llora la rosa.
Ya no llora.
Dejémosla que ría ahora...

Ya navega lentamente
el cisne por la fuente.
Ya no siente.

Ya se aleja dulcemente
el cisne por la fuente.
Dejémosle que se aleje...

